

5 futuro anterior

Virgilio Leret, el pionero dual Héroe republicano e inventor del motor a reacción

Angel García Pintado

Alguien ha podido afirmar con bastante fundamento que el capitán Virgilio Leret fue el primer resistente republicano a los golpistas del 36, la primera víctima, el primer asesinado y el primer desaparecido. Sólo a un periodismo banal importaría la precisión de este dato. Baste decir que fue un pionero; un pionero dual: como héroe y como inventor.

El capitán Virgilio Leret Ruiz fue fusilado en Melilla en la madrugada del 18 de julio del 36. Un año antes había patentado su invento: el primer motor de un avión a reacción. En Alemania e Inglaterra los vuelos con este tipo de motor se efectúan a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

Con esta síntesis perfecta comienza el film documental dirigido por Mikel Donazar sobre la vida y la obra de este héroe olvidado, un documento espléndido y estremecedor, poco difundido aún, y que debería proyectarse en todos los colegios e institutos del Estado español, dentro o fuera de esa asignatura perseguida y tal vez pronto aniquilada de 'Educación para la ciudadanía'.

En la tarde del 17 de julio de 1936 el mar estaba en calma y el sol africano en su sitio habitual. El capitán Leret, jefe de la zona oriental de las Fuerzas Aéreas de África en el punto estratégico de la base melillense de El Atalayón había invitado a su mujer y a sus dos hijas de corta edad a dar un apacible paseo en barcaza. En medio de esa paz sospechosa, tan sólo se oía un lejano coro de cigarras, pronto desbaratado por la sirena de la base voceando alerta inminente. A lo lejos, por los matorrales, vieron llegar a un grupo numeroso de moros encabezados por oficiales españoles. El capitán fue por su pistola, llevó la embarcación a la orilla, ellas bajaron a tierra, él gritó: "¡Vete adentro! ¡Por las hijas, por las hijas!". Fue lo último que escucharon de su boca. Leret, junto con un puñado de leales, defendió la base hasta que se les acabó las municiones. Horas después, en compañía de dos alféreces, fue fusilado. Tenía 33 años. Desde entonces, la nebulosa franquista sobre su muerte y la residencia de su

cadáver ha sido tan espesa como la de otros asesinados y desaparecidos en la cuenta de los facciosos.

Pudridero de Marruecos

Carlota O'Neill, la esposa, es detenida, separada de sus hijas, encarcelada en un inhóspito fuerte melillense, junto con otras 'apestadas'. Desconoce la suerte que había corrido el marido, hasta que un día sus carceleros le hacen llegar la maleta de él con documentos y efectos personales. La abre: allí, tres copias de los planos del motor de su invención con cuadernos repletos de ecuaciones. Una compañera de prisión, que es excarcelada tiempo después, se encarga de ocultar esos documentos bajo las baldosas del hogar familiar.

Dos años antes, en 1934, el militar e ingeniero pamplonés, sufrió los efectos del llamado 'bienio negro' republicano —cuando Gil Robles con su CEDA y Lerroux con sus Radicales de pacotilla llegaron al poder tras unas elecciones— y es encarcelado por quebrantar las ordenanzas militares que prohibían desarrollar ideas políticas a un miembro de la milicia. Leret es republicano hasta la médula. Y en un penal militar de Ceuta culmina la gestación de su diseño revolucionario: el 'Mototurbo compresor de reacción continua: $E=1/4$ '. En 1935, ya en libertad, lo patenta.

Virgilio Leret hablaba, además del español, francés y árabe, tocaba el violín, escribía (un par de libros publicados e ilustrados por él y firmados como 'El Caballero del Azul'), había estudiado ingeniería mecánica electricista con excelentes notas y probado en Cuatro Vientos los aviones más avanzados de la época. Y precisamente fue nombrado por Azaña profesor de la Escuela de Mecánicos de Cuatro Vientos, cargo que no llega a ejercer porque después se estimó que era más útil en aquel punto estratégico melillense donde su destino le estaba esperando.

Leret había recibido su bautismo de fuego en Marruecos, ya en 1920. Herido, enfermo de paludismo, Virgilio se convence de que los árabes tienen razón en defender su tierra, considera la guerra de Marruecos "absurda y sin sentido": confraterniza con los moros, comparte con ellos té y filosofía.

Para el historiador Gabriel Cardona el protectorado de Marruecos es un pudridero, con unos militares que hacen lo que les da la gana, que se creen superiores a toda la población civil, y ello va a condicionar el futuro de España, la mentalidad del franquismo. "*Gracias a la guerra de Marruecos —según Cardona— Franco llega a escalar 2.300 puestos en el escalafón, un disparate, pues supone avanzar en diez años a las gentes de su promoción. Esta guerra produce una corruptela profesional en la que Virgilio Leret no está inmerso*".

El fue condecorado en repetidas ocasiones, pero muere como capitán; a título póstumo el gobierno Largo Caballero lo asciende a comandante. Y otro historiador, Sebastián Balfour, nos ofrece la clave sobre la esencia de los afri-

canistas castrenses, que explica muy bien el detonante de aquella tragedia. Si bien hay algunos africanistas partidarios de la República, estos son los menos; la gran mayoría, los “africanistas militaristas”, ven el problema de España con una sola solución: el golpe militar. Son grupos formados en la camaradería de la guerra, con un sentido redencionista, y esa idea de cruzada la extienden a la idea de una conquista de España; se trata pues de conquistar Marruecos y de reconquistar España.

¿Y por qué colaboraron los moros con los golpistas españoles? Balfour no duda en afirmar que fue porque tenían hambre y además porque les habían inculcado la idea de una cruzada de cristianos y musulmanes unidos contra el comunismo.

El hispanista británico Paul Preston arremete contra su país: “*Gran Bretaña es el que hizo mayor mal a la República española con la postura de no-intervención*”. Y su colega español Angel Viñas corrobora: “*Tanto Francia como el Reino Unido son países hostiles a la II República, pero en especial este último*”. En un intento por explicarse ambos historiadores caen en una actitud internacional tan miope como torpe y cobarde. Preston aprovecha para verter su conocido diagnóstico sobre los males de la República: “*Estaba también el problema de los anarquistas... A los quince días de la proclamación republicana, los anarquistas habían declarado la guerra a la República, a la que consideraban un régimen burgués más*”. No puede evitarlo. Los anarquistas (le faltó hablar también de los del POUM) son los responsables de ese estado de cosas que dio al traste con la República. Pero como el documental va de Leret y de su peripecia, nos gratifica calificándolo de “*hombre ilustrado*” y de “*visionario de la aeronáutica*”, y reconociendo que para la República fue una “*pérdida tremenda*”.

La pedagogía sobre el régimen frustrado corre a cargo de Viñas, para el cual la República es “*el primer intento serio de modernización institucional, política, económica, cultural y social de la España contemporánea*”.

En la embajada británica

Pero volvamos al relato: Carlota O’Neill sigue en el penal en 1939 cuando sus hijas son trasladadas a Madrid. Los abuelos paternos, integristas a machamartillo, muy católicos desde luego, se habían opuesto a las relaciones de su hijo con Carlota que, por escritora y periodista, consideraban poco menos que una ‘mujer de la vida’ (eufemismo con que la ‘gente de orden’ tildaba a las prostitutas), gente terrible estos abuelos por sus ideas integristas y su odio. La sola presencia de sus retratos en este documental pone los pelos de punta. Son ellos los que se encargan de entregar a las huérfanas a un centro de reeducación con un régimen carcelario donde imperaba la pedagogía del inefable psiquiatra castrense Dr. Vallejo Nájera, sus medidas eugenésicas destinadas a proteger la raza y a rediseñar para el nuevo orden los cerebros de hijos de ‘rojos’.

“¿Y por qué colaboraron los moros con los golpistas españoles? Balfour no duda en afirmar que fue porque tenían hambre y además porque les habían inculcado la idea de una cruzada de cristianos y musulmanes unidos contra el comunismo”

Ha estallado la Guerra Mundial, y Carlota, ya en libertad vigilada, no quiere que los documentos del avión a reacción caigan en manos de Franco, por lo que una vez más, se arma de valor, y se planta con los papeles bajo sus ropas (una de las tres copias) en la Embajada Británica de Madrid. Allí, con peligro de su vida, consigue entregárselos al agregado aéreo.

En 1939, el motor a reacción es ‘inventado’ por un alemán; a Inglaterra tarda dos años en llegar. Nunca se supo si el invento ‘Leret’ fue aprovechado por los ingleses. En 1971, Carlota pregunta desde su exilio mexicano al gobierno británico qué ocurrió con los planos y la memoria del invento. No obtiene respuesta.

Los expertos españoles reconocen que Leret es un hito en la aeronáutica mundial (un nuevo concepto de motores de compresión, el avión sin hélices —éstas limitaban la velocidad—, sustituidas por turbinas de reacción); el Ministerio del Aire ha reconocido el invento Leret, pero se pasa de puntillas sobre su filiación republicana, nos informa el compañero Antonio Cruz, estudioso vigía de la memoria histórica.

Burlando al Tribunal Tutelar de Menores, a la policía y a la justicia franquistas, los Leret llegan, en 1949, a Caracas. Fin de la odisea. Luego saltan a México, donde Carlota funda la Unión de Periodistas de ese país acogedor de represaliados. Publica novelas y declara en una entrevista: “*Mi madre ha sido México y España mi madrastra*”. Muere nonagenaria, con el encargo de que sus cenizas sean aventadas en el mítico volcán Popocatepel. Sus hijas cumplen esa voluntad y, con la memoria intacta, luchan por el reconocimiento del héroe-inventor; en Caracas, su residencia actual, o en Madrid, donde ahora Carlota Leret, la pequeña, hace enrojecer la dura faz de políticos desmemoriados que quieren pasar página a toda costa.

Ángel García Pintado es periodista. Acaba de reeditarse su libro *El cadáver del padre*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 2011, reseñado por Antonio Crespo en el nº 119 de nuestra revista.